

NOCHES DE VIGILIA

por
Paula Arias

Era la festividad de San Cayetano. En la mansión de los Baenza, una larga mesa vestida de lienzos calados y bordados ofrecía un muestrario de interminables exquisiteces que ninguno de los invitados pudo terminar o ni siquiera llegó a probar. A un gesto del dueño de casa, una mucama tomó una patena de plata con un sobre blanco y se lo acercó a su esposa, sentada en el extremo opuesto a él.

La impávida mujer de hielo sólo levantó la vista del plato cuando la blancura del papel la encandiló. Después de leer, sus ojos reflejaron un brillo insano e, inmediatamente, con una mueca asimétrica — signo de algún placer oculto—, agradeció a su esposo la oportunidad de reencontrarse con Dora, su adolescente sobrina. Ambas verían juntas la procesión desde los ventanales del Salón Principal. Éste lindaba con la residencia para huéspedes que la familia poseía en el ala oeste de la vieja mansión.

Cuando las campanadas de la catedral indicaban el inicio de la peregrinación, el aire que impregnaba el ambiente se tornó muy liviano, algo muy extraño en los veranos de aquella devota ciudad de Padua. Entre los criados, se comentaba que aquello debía ser un milagro, pues de esa manera los cantos podrían subir al cielo con mayor rapidez. Realmente, era necesario que alguien oyera las súplicas. El señor Baenza comunicó a su mujer que no era conveniente aquella brisa para ella, que le sugería subir a sus aposentos; él se encargaría de darle sus excusas a Dora.

El piadoso desfile ya había atravesado la plaza principal y se aproximaba cadenciosamente por los adoquines de ingreso a la villa. Un murmullo de vigilia trataba de llegar a todos lados. En el Salón Principal junto a la escalera, envuelta en gasa rosada, y como si todas las luces la miraran sólo a ella, estaba Dora. Sus catorce años se certificaban en la

tersura de su piel y en la firmeza de su cuerpo; aunque sus ojos..., sus ojos de un azul muy cristalino escondían una imagen prematura. Al verla esperándolo, el señor Baenza evocó las perfecciones de la vida. El cuadro era exacto, todo cabía en él, incluso el espejo donde se reflejaba la etérea silueta de Dora.

El dueño de casa indicó a sus comensales que se apresuraran a pasar a otro salón con un ventanal más amplio, desde donde podrían escuchar mejor. Despidió de inmediato a los dependientes, les ordenó que no pasaran más por allí y que no desatendieran a los huéspedes, pues éstos tendrían mucha sed después de oír tantas canciones.

En un ambiente en penumbras, contiguo al Salón Principal, y sin que el retumbe de sus propios pasos la distrajera, la señora Baenza se detuvo frente a un gran paño de tela, una cortina de un granate muy especial, de un rojo intenso que ni la oscuridad lograba apagar pero que, al descorrerla, le concedió enmarcada en madera labrada la escena que ardientemente había anhelado: su esposo y Dora estaban abrazados besándose. La joven ya no llevaba puesto su traje, éste le rodeaba los pies como una almohadilla de rosados pétalos sueltos. La helada mirada de la mujer comenzó a derretirse. Estaba muy agradecida con su vida, y feliz de que también sus plegarias fueran escuchadas.

Paula Arias, egresada de Letras, es Correctora Literaria. En 2002 obtuvo una mención en el concurso de cuentos organizado por esta Escuela.